

El derecho a pensar diferente

por Sergio Ramírez Robles
Asuntos públicos
De la Riva



Si bien mantener una posición objetiva en torno a los acontecimientos políticos resulta difícil —por no decir que imposible—, más lo es en estos días. Así, en el marco del conflicto postelectoral, cuando las maquinarias propagandísticas de ambos bandos han demostrado ser lo bastante efectivas como para obligar prácticamente a todo el mundo a tener una posición —partiendo de la máxima “el que no está conmigo está contra mí”—, parece ser que en los únicos en los que está operando efectivamente la llamada “espiral del silencio” es en quienes nos ubicamos de manera parcial a favor de las dos posturas, pero también, parcialmente en contra de ellas.

Quienes pensamos que la ley debe respetarse, pero que al mismo tiempo no se debe dejar de buscar la justicia —lo que puede implicar cuestionar a aquélla—, somos una especie condenada al ostracismo o, al menos, a llevar nuestra postura, diferente a la de las mayorías, con la dignidad que da el silencio.



Quienes por nuestro nivel educativo o por nuestros ingresos, debiéramos formar parte de los *fans* de Felipe, pero que, contrariamente a lo esperado, reconocemos que los casi 15 millones de mexicanos —en el mejor de los casos— o 26 millones —en el peor de ellos— que no votaron por él no pueden estar totalmente equivocados, nos vemos señalados como “perredistas”.

Al mismo tiempo, y por razones que los perredistas se niegan a aceptar, comprendemos los argumentos que los seguidores de Felipe sostienen, por lo cual creemos que no necesariamente hubo un fraude electoral, lo que nos hace ser señalados como “paleros” del régimen.

En los hechos, mantenerse en el centro de este choque de corrientes se ha convertido en un deporte extremo que refleja los efectos de la discriminación social e ideológica que podemos sufrir quienes pensamos diferente.

Tal situación nos ha llevado al silencio al que hacíamos referencia anteriormente: o nos callamos o nos vamos; es decir, delante de nuestros familiares y amigos nos vemos obligados a callar, y cada vez nos alejamos más de compañeros de universidad o de juventud, con los que alguna vez soñamos con construir un mundo mejor, más justo e igualitario para nosotros y nuestros hijos.

Estos debates traen consigo incomodidades emocionales y económicas, que se manifiestan en actos tan sencillos como la decisión en familia de escuchar a Óscar Mario Beteta o a Carmen Aristegui, o en la elección de comprar *Reforma* o *La Jornada*. Incluso, a veces resulta deseable que la máquina del café esté vacía para no discutir con los compañeros de trabajo acerca de los

aciertos o desatinos de Vicente Fox, Felipe Calderón o Andrés Manuel López Obrador, y de las consecuencias que dichas acciones tendrán en su popularidad.

Visto desde otra óptica, lo anterior puede resultar mucho más dramático. Si uno gusta del fútbol, puede apoyar a un equipo diferente de las Chivas o del América y tener el pretexto de “irle” al conjunto de la ciudad donde uno vive o donde vive la novia; donde uno nació, o bien, de la universidad en la que uno estudió. Y si no, conviene inventarse uno. Cualquier pretexto es bueno para protegerse de la discriminación que incluso las preferencias deportivas conllevan.

Si nos referimos a artículos de consumo, uno puede optar por algo diferente a Marlboro o a Camel, porque la publicidad nos es más atractiva, por el sabor, por el precio, en fin, tenemos el poder de decidir y éste es estrictamente personal; sabemos que debemos ser socialmente respetados por ejercerlo.

Trasladémonos ahora al lenguaje de los politólogos; veremos, entonces, que la polarización social puede ser analizada en términos más bien economicistas: resulta pertinente describir el panorama actual como una suerte de oligopolio, con dos grandes jugadores, cada uno tratando de eliminar a su rival a través de mecanismos directos, pero sobre todo, indirectos como la presión sobre consumidores o ciudadanos para que elijan su opción —ya que es difícil hablar de “propuesta”— y la defiendan en todos los foros posibles negando, de paso, todas las opiniones discrepantes.

Los estrategas de cada grupo pueden sentirse orgullosos, pareciera que han logrado lo impensable: acabar con dos de los valores más arraigados en nuestra sociedad: la hospitalidad y la camaradería.

El clima político que vivimos es, pues, el primer tema que no se puede acompañar entre amigos, ni siquiera suavizado. Es también uno de los asuntos en los que el matriarcado no puede ejercer su autoridad y en el que los golpes de papá en la mesa no logran su propósito: que los hijos sigan comiendo en paz. Pero sobre todo, si el hijo no se expresa a favor de alguno de los bandos, no tendrá más opción que levantarse de la mesa o comer en silencio.

A pesar de que los mexicanos podemos ver a una familia “chiva”, a otra “águila” o seguidora de cualquier otro equipo, gritando en medio de un “clásico” en el Azteca o, bien, a los admiradores del “Zotoluco”, del “Juli”, de Ponce y a quienes no lo son, juntos, asiento con asiento en la Plaza México, la política es, y seguirá siendo otro cantar, un ámbito en el que la diversidad es inconcebible.

¿Pueden ustedes imaginar a Vicente Fox, a Felipe Calderón y Andrés Manuel López Obrador en el Palacio de los Deportes, en medio de un concurso de oratoria, apoyados por sus simpatizantes, quienes se conducen como simples observadores y no protagonizan batalla campal alguna?

Para mí, esta imagen resulta imposible, y lo peor es que no concibo ni remotamente una convivencia semejante que pudiera darse en los próximos seis años. ☚

Los mexicanos que creemos en el relativo sustento de ambas posturas dominantes somos tildados de “perredistas” o de “paleros”



Sergio Ramírez Robles es tapatío de nacimiento y chilango por naturalización. Además de estudiar Derecho, Ciencias Políticas y Administración Pública, cuenta en su haber con conocimientos de comunicación y de investigación de la opinión pública. Su pasión por los ensayos lo ha llevado a publicar en *NEXOS*, *Voz y Voto* y *Le journal du Monde*. Creía que la última en caer sería la Universidad de Guadalajara, que en fecha próxima presentará su libro *Políticas de Mercado —interno y externo— con VFQ*. No contaba con la AMAI.